

ACTUAR LO ACTUAL: OCURRENCIA Y OCASIÓN DE UNA CLASE. CONFRONTACIÓN Y DESENCUENTRO EN LA PUESTA EN ESCENA DEL SABER COMO UN HACER POÉTICO

Rafael Castillo Zapata

Universidad Central de Venezuela

rafaelcastillozapata@gmail.com

[RESUMEN]

La experiencia docente puede experimentarse como una operación poética en la medida en que cada clase dictada se produce como una obra en acto, en cuya confección participan el profesor y los alumnos en un movimiento polifónico compartido. El artículo explora algunas particularidades de esta experiencia, considerando la clase como un *agenciamiento colectivo*, en el sentido de Deleuze y Guattari, es decir, como la disposición de un conjunto de fuerzas intelectuales y afectivas que interactúan para alcanzar el logro del conocimiento en unas determinadas dimensiones temporales. La clase se explora así como un experimento en acto que requiere la participación múltiple y cuyos efectos epistemológicos resultan imprevisibles en la medida en que las nociones, los conceptos, las imágenes y los datos que se ponen en juego están sujetos a la determinación de *lo actual*, entendido como posición y disposición en el tiempo y en el espacio de un diálogo comunitario potencialmente infinito y, por lo tanto, nunca concluido y siempre en riesgo de desviarse, empozarse, distenderse y extenderse. Como ocasión y lugar de una negociación interminable entre saberes y pareceres, la clase se presenta así como la ocasión de ejercitar críticamente la convivencia democrática.

[PALABRAS CLAVE] Clase, actualidad, poesía, diálogo, democracia

[ABSTRACT]

The teaching experience can at times be understood as a poetic operation to the extent on which each class taught is seen as an art work in process in whose making up teacher and students in a shared polyphonic movement play particular roles. This article explores some peculiarities of such an experience, considering the class as a *collective agency* in the sense of Deleuze and Guattari, i.e. as the place of a group of intellectual and affective forces that interact to attain the goal of knowledge in certain determined temporal dimensions. The class is explored thereof as an experiment in progress that requires multiple participation and whose epistemological effects are unpredictable since the notions, concepts, images and data that are put into play are subjected to the specification of *the current*—understood it as a position—and the availability of time and space of a communitarian dialog potentially infinite and, because of that, never concluded and always in risk of deviating, halting, distend and extend. As the spot for an interminable negotiation between knowledge and opinions, the class is presented like the place for exercising daily democratic life.

[KEY WORDS] Class, current affairs, poetry, dialog, democracy

En los últimos tiempos, cada vez que alguien me preguntó si había escrito algún poema nuevo, encontré la, tal vez, cómoda salida de decir que la academia me había robado todas las energías simbólicas y que por eso ya no escribía poesía, o casi. Lo que en principio ha podido resultar una simple excusa para salir del paso, con el tiempo se ha ido convirtiendo en una convicción que se afirma en la experiencia. En efecto, ya casi no escribo poesía y toda mi energía simbólica se la dedico a la preparación y la actuación de mis clases de Literatura en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela.

Cuando Julieta Ravard, con la generosidad que la caracteriza, me invitó a participar, en calidad de «creador», en esta jornadas de reflexión en las que el psicoanálisis busca cruzarse con las miradas y las experiencias artísticas, debo confesar que me sentí en principio halagado, pero casi inmediatamente después me invadió, de repente, una suerte de pudor acompañado de mala conciencia: ¿qué era lo que había creado yo para que gente informada y entusiasta me requiriera precisamente a mí para integrar un diálogo entre creación y psicoanálisis? Ciertamente que he escrito poesía y crónicas de lectura y algunos ensayos y provisionales tratados, y en todo ello, seguro que sí, han actuado en mí fuerzas creadoras, pulsiones *poiéticas* cuyo origen yo mismo desconozco y cuyo control se me escapa. Ciertamente que, por otra parte, una ya arraigada fascinación por ciertas visiones e intuiciones del psicoanálisis podía asegurarme de la legitimidad de mi participación en un diálogo semejante. Pero eso no me sirvió para sentirme más tranquilo. Sólo porque ya había aceptado participar, persistí en tratar de responder al compromiso sin traicionarme. Y casi al instante que sentía aquel pudor y aquella mala conciencia se produjo en mí una suerte de confirmación de algo que, sin duda, ya sabía, porque lo he venido experimentado desde hace casi quince años hablando en aula frente a un auditorio exigente y atento, de algo que ya sabía pero que, precisamente por ser tan cotidiano para mí, se me había borrado del horizonte de la conciencia. Fue en ese momento, como en la experiencia del reconocimiento trágico, que vine a pasar de la ignorancia al saber en un relámpago. Ese paso instantáneo me puso por delante la evidencia de que, si era cierto que la clase me robaba la energía simbólica que le hubiera podido tributar a la poesía, a la escritura de poemas, era precisamente porque la clase se había convertido para mí en una experiencia poética, y que, si a ver vamos, si ahora no escribía poemas, los actuaba diariamente en cada clase: algo, que surgía más allá del saber y de la información comunicada y compartida, movilizaba en mí el gusto y la gana de la actuación docente, una pulsión y una compulsión creadoras que, a menudo, me hace encontrar en medio de una disertación en el aula un momento de gracia que a veces se convierte en puro éxtasis, en gozo del cuerpo y del espíritu, y en satisfacción y en paz. Lo que tiene lugar en cada clase es la construcción impredecible de un poema, me decía, me dije, me digo ahora ante ustedes, un poema improvisado que se teje al vaivén de la contingencia de su realización siempre amenazada por variables imponderables e imposibles de predecir ni de controlar. Sé que esto puede sonar petulante. Es como si me estuviera diciendo, y les estuviera diciendo, que mis clases son un poema, empleando una expresión encomiástica que, pronunciada en determinadas circunstancias, puede sonar más bien irónica. Quizás esa ironía implícita me proteja ahora de caer en la tentación de la autoalabanza. Pero si un bailarín experimenta un merecido instante de plenitud cuando ejecuta con precisión un paso, si un pintor se satisface al contemplar el acomodo que unos trazos van tomando

sobre un lienzo, si el poeta se regala con la alegría de un hallazgo de la palabra en medio de una secuencia escrita, ¿por qué no habría yo de enardecerme e incluso, por qué no, de envanecerme, con la gratificante experiencia de haber dado lugar a una clase redonda en la que mis alumnos y yo alcanzamos juntos un momento orgiástico de compenetración ideal y afectiva? Quiero defender, pues, ante ustedes, el legítimo derecho de asumirme como un creador desde la escena de la práctica cotidiana de la docencia. Y si, de vez en cuando, todavía escribo alguno que otro poema que no se atreve a mostrar su rostro más allá de las tapas de una carpeta de archivo, tengo la convicción de que las construcciones verbales que más me satisfacen, que más me han satisfecho en los últimos tiempos, han sido las construcciones verbales en el aire, efímeras como la trayectoria de la voz, que he levantado sobre la marcha a lo ancho y largo del desarrollo de una clase.

Desde este lugar, desde el lugar de la clase como un lugar poético, como un lugar donde tiene lugar la producción de algo verbalmente sostenido y consecuente, quiero compartir con ustedes mi reflexión con respecto a lo actual y al desencuentro, temas y problemas que, si no equivoqué demasiado en mi percepción del asunto tal como le plantearon mis amables anfitriones, son los temas y problemas que convocan estas coincidencias anímicas y conceptuales, hoy, en estos días, en estas semanas, entre psicoanalistas y creadores. Eso por no decir que el psicoanalista puede que sea también, a su modo, un poeta.

Una clase es una clase de *agenciamiento* político; quiero decir que en una clase, cuando es buena, se disponen las condiciones para el ejercicio de una confrontación democrática de los saberes y los pareceres en las que las diferencias se negocian continuamente sin la posibilidad de alcanzar nunca un verdadero consenso. En una clase se enfrentan siempre porciones de proposiciones inconciliables que mantienen la tensión del intercambio entre el docente y los alumnos. Si la clase no es un dispositivo de autoritarismo ni una máquina de tiranía, es, sin duda, una experiencia continua de réplicas y contrarréplicas, de acuerdos y desacuerdos marcados siempre por la provisionalidad y la posibilidad del malentendido y el fracaso tanto como de la mutua comprensión y la coincidencia iluminadora. Una clase está, pues, determinada por su inscripción en la contingencia misma del lenguaje, en la potencia y la impotencia de la palabra para construir argumentos convincentes y persuasivos, argumentos verosímiles. Lo mismo que un poema, o cualquier texto literario o no, está en manos de la precariedad misma del lenguaje, es decir, en manos de la posibilidad siempre presente de su propia imposibilidad expresiva, explicativa, demostrativa o comunicativa, así la clase se fabrica como un edificio de palabras provisional y provisorio siempre amenazado por la incoherencia, la incomprensión y la disputa. Una clase se puede desbaratar por un énfasis indebido, así como un poema cojea con un acento mal puesto o por una sílaba sobrante. Y así como el poeta debe negociar con las potencias incontrolables del lenguaje y con las pulsiones de su propia necesidad expresiva y perceptiva para ir tanteando la posibilidad del logro del poema, así en una clase el docente debe tejer sobre la marcha un tejido enfrentando las mismas potencias incontrolables del lenguaje y negociando con ellas su necesidad de transmitir un conocimiento o ilustrar una idea para que esa clase se logre y no se malogre. Una clase se puede estar malogrando pero, en un momento dado,

un detalle, un matiz, una inversión de una frase, una intervención de un alumno, provocan el efecto taumátúrgico de una conversión que revierte la mala racha de una disertación dormida en una ráfaga de precisiones aleccionadoras que convencen y conmueven. Una clase puede estar fluyendo rampante por un curso gozoso y encontrarse de repente con un banco de arena inesperado, un callejón sin salida donde se atora. El trabajo continuo de la clase comporta, pues, esta gerencia compleja de las energías afectivas, epistemológicas y expresivas en juego.

Una clase es siempre una experiencia actual, signada y señalada por la ocasión, por el tener lugar de su vez. Una clase es efímera como no lo es un poema. Mientras que el poema se escribe y queda registrado, la clase, incluso si se la graba, tiene el carácter de una construcción en acto que se sostiene sólo durante el despliegue de su propio impulso. Una clase es una demostración radical de cómo actúa lo actual, la fuerza poderosa y peligrosa del instante, de lo intempestivo que acontece. Una clase es una potencia explosiva de ocurrencias, de acciones y contracciones. Una clase es un acto teatral donde un actor actúa el saber frente a unos espectadores. Y como esos espectadores no son pasivos e intervienen e interrumpen y preguntan y colocan bajo sospecha lo que el actor actúa frente a ellos, la actuación de la clase tiene todas las características agónicas de una competencia entre fuerzas encontradas. Actuar los saberes y los pareceres, actuar y actualizarlos, implica ponerlos en riesgo, es decir, exponerlos. Una clase expone a quien expone esos saberes y pareceres, pero expone también a los que los reciben, que se exponen a recibirlos y a aceptarlos, o rechazarlos y decirlo, contradiciéndolos. El que actúa los saberes y pareceres tiene que aprender a aprovechar la ocasión: la clase es una experiencia ocasional, de la ocasión. El que actúa los saberes y pareceres aprende a sostenerse en la ocurrencia, en lo que ocurre sin que él lo pretenda; necesita un entrenamiento en la improvisación. Pero también puede, si se lo propone, ocasionar la ocasión, dar lugar a que tenga lugar la ocasión del acontecimiento. El que actúa los saberes y pareceres, como el poeta, tiene que estar dispuesto a recibir lo que viene, pero también debe prepararse para poder recibirlo. Una clase es una provocación de oportunidades para que se produzca la discusión, el intercambio reflexivo vivo cuya potencia de gasto es proporcional a la intensidad de su despliegue. Por eso, lo que tiene lugar en una clase siempre se pierde, aun cuando alguien aprenda algo de lo que acontece o guarde memoria de ello. Una clase está signada por una experiencia de lo espectral: lo que queda cuando concluye el acto de actuación de los saberes y pareceres es precisamente un fantasma, en el recuerdo, del que actúa y de los que con él interactúan. Una clase es necesariamente polifónica y secreta: lo que en ella tiene lugar es el producto de una multiplicidad de diferencias y divergencias que se encuentran sin anularse, conservando su distancia y su resistencia, su oposición y su contradicción; pero lo que resulta de ese choque es algo más, o distinto, de lo que pueda quedar como captura de conocimiento, como persuasión; algo que no se sabe qué es y que constituye lo que realmente podemos llamar un saber. Como el fondo inabordable de un poema donde lo no-dicho convive con lo efectivamente dicho, toda clase comporta un resto secreto, inarticulado, perdido que queda cuando la clase ya ha tenido lugar y la actuación actual de los saberes y pareceres ha cesado. Es precisamente por este desnivel de sentido que no se resuelve, que un poema está llamando constantemente a ser leído, incluso a ser reescrito. Es por eso también que nunca una clase está acabada o agotada, siempre sobrevive en ella, de ella, un resto de algo omitido,

mal enunciado, pospuesto, interrumpido, y por eso mismo la clase continúa, la clase marcada por su ocasión y por su vez, por su tener lugar y su ocurrencia, no termina nunca, aunque haya terminado. Una clase da lugar a una lección infinita: lo que en ella se activa no se completa y sigue pulsando las fibras de un cuerpo mental y anímico. Hay clases que son inolvidables, aunque, precisamente por eso, no podamos recordar de qué trataban. Así como de los mejores poemas no sabemos decir qué es lo que nos conmueve y nos atrapa en ellos, así no sabemos bien en realidad qué es lo que nos ha nutrido, y cómo, de una clase que seguimos haciendo presente, aunque ya hace mucho tiempo que tuvo lugar.